

— Estad tranquila, señora, no me llevaré nada, dijo el artista sonriendo.

Cesarina no pudo contener la risa.

— Caballero, dijo Constanza con voz suplicante sin notar siquiera el *quid pro quo* del arquitecto; buscad la economía, y más tarde podremos recompensároslo...

Antes de ir á ver al señor Molineux, dueño de la casa inmediata, César quiso recoger en el despacho de Roguin la escritura privada que Alejandro Crottat debía tener extendida para esta cesión de arrendamiento. Al salir Birotteau, estaba de Tillet asomado á la ventana del gabinete de Roguin. Aunque la intimidad de su antiguo dependiente con la mujer del notario justificaba su presencia á cualquiera hora en aquella casa, pensando en que se hacían entonces los convenios relativos á los terrenos, Birotteau se inquietó, á pesar de su extrema confianza. La expresión animada de Tillet hacía sospechar que había discutido con bastante calor.

— ¿Andará en el negocio? se preguntó instintivamente, animado por su prudencia comercial.

La sospecha desapareció como un relámpago. Levantando la cabeza, vió á la señora Roguin, y entonces creyó muy natural la presencia del banquero.

— Sin embargo, ¿tendrá razón Constanza? pensó. ¡Seré tonto para dar oídos á las cavilaciones de las mujeres! Iré luego á decírselo al tío. Del patio Batave, donde vive el señor Molineux, á la calle Bourdonnais, no hay más que un paso.

Un observador desconfiado, un comerciante que en su carrera hubiese tropezado con algunos cuantos bribones, se hubiera puesto en salvo; pero los antecedentes de Birotteau, la incapacidad de su entendimiento, poco adecuada para discurrir de deducción en deducción hasta llegar al descubrimiento de las causas, como lo hace un hombre superior, todo estaba contra él. Encontró al paragüero vestido de etiqueta, y se iban los dos á visitar al dueño de la casa, cuando Virginia, su cocinera, le detuvo cogiéndole de un brazo:

— Señor, la señora no quiere que os vayáis ahora...

— ¡Vamos, exclamó Birotteau, siempre las preocupaciones femeninas!

— ... Sin tomar la taza de café que tenéis preparada.

— ¡Ah! ¡es verdad! Vecino, dijo Birotteau á Cayron, tengo tantas cosas en la cabeza que no tomo en cuenta mi estómago. Haced el favor de adelantaros; nos encontraremos en la puerta del señor Molineux, en caso de que no subáis para explicar el negocio mientras yo llego. Así perderíamos menos tiempo.

El señor Molineux era un modesto propietario estrambótico, de un tipo que sólo existe en París, como ciertos líquenes no se producen más que en Islandia. La comparación es tanto más justa, cuanto que este hombre pertenecía á una naturaleza mixta, á un reino animal-vegetal, que otro Mercier podría clasificar entre los criptógamos que brotan,

florecen y mueren en, sobre ó bajo los muros yesosos de las muchas casas extrañas y malsanas donde estos seres habitan con preferencia. A primera vista, esa planta humana umbelífera, visto el casquete azul en forma de tubo que la coronaba, el tallo envuelto en un pantalón verdoso, las raíces bulbosas, cubiertas con zapatos de orillo, presentaba una fisonomía descolorida y vulgar que, ciertamente, no acusaba nada de venenoso. En ese raro producto hubierais reconocido al accionista por excelencia, creyendo en todas las noticias que la prensa da, y que responde á todo diciendo: « ¡ Leed el periódico ! » El burgués esencialmente amigo del orden y siempre en rebelión moral contra el poder, al cual, sin embargo, obedece siempre; criatura débil en conjunto y feroz en detalle; insensible como un escribano cuando se trata de su derecho, y dando pamplina á los pájaros y espinas al gato; interrumpiendo un contrato de inquilinato para enseñar unos trinos á un canario; desconfiado como un carcelero, pero aportando su dinero para cualquier negocio ilícito y tratando entonces de indemnizarse con torpe avaricia. La malevolencia de esa planta híbrida sólo se revelaba en el trato; para experimentar su nauseabundo amargor, requería el conocimiento de un comercio cualquiera, en el cual sus intereses se encontrasen mezclados con los de los hombres. Como todos los parisienses, Molineux experimentaba un deseo de dominar, aspiraba á esa parte de soberanía más ó menos considerable ejercida por cualquiera, hasta por un portero, sobre mayor ó menor

número de víctimas, hijos, mujer, inquilinos, dependientes, caballo, perro ó mono, á los cuales se les hacen tragar, de rechazo, las mortificaciones recibidas en la esfera superior á que se aspira. Este viejecillo fastidioso no tenía ni mujer, ni hijos, ni sobrinos; trataba con excesiva aspereza á su criada, un burro de carga que evitaba todo rozamiento, atendiendo cuidadosamente á sus obligaciones. Sus ansias de tiranía veíanse, por esta parte, defraudadas; para satisfacerlas, había estudiado detenidamente las leyes sobre los contratos de inquilinato y sobre las medianerías; había profundizado la jurisprudencia que rige las casas de París, servidumbres, impuestos y tributos, limpiezas y colgaduras el día de Corpus, desagües, iluminación, salientes sobre la vía pública, y proximidad de establecimientos insalubres. Sus recursos y su actividad, todo su entendimiento, los empleaba en mantener su condición de casero en pie de guerra; había hecho de ello una distracción, y ésta se había convertido en monomanía. Le gustaba protegerse como ciudadano contra los abusos de la ilegalidad; pero, siendo muy pocos los motivos de queja, su pasión había concluído por arremeter contra sus inquilinos. Un inquilino era para él su enemigo, su inferior, su víctima, su feudo; creía tener derecho á que le respetasen, y consideraba grosero al que pasaba por su lado en la escalera sin decirle alguna cosa. El mismo extendía los recibos y los enviaba á las doce el día del vencimiento. El contribuyente moroso recibía un aviso á hora fija. Des-

pués, el embargo, los gastos, todo el cortejo judicial iba inmediatamente con la rapidez de lo que el verdugo llama *la mecánica*. Molineux no concedía treguas ni prórrogas; su corazón estaba encallecido en punto á alquileres.

— Os prestaré dinero si lo necesitáis, decía á un hombre solvente, pero pagadme el alquiler; cualquiera retraso me ocasiona una pérdida de intereses de que la ley no me indemniza.

Después de un detenido examen de la manera de ser de los inquilinos que se sucedían contradiciendo las prácticas de sus antecesores, ni más ni menos que las dinastías, llegó á otorgarse un código, y lo observaba religiosamente. Desde luego, el vejete no hacía nunca reparaciones; según él, ninguna chimenea estaba sucia, sus escaleras brillaban de limpias, sus techos eran blancos, sus cornisas irreprochables, sus suelos inflexibles sobre las viguetas; las pinturas en buen estado, los cerrojos nunca tenían más de tres años, no faltaba ningún cristal, no había requebrajaduras ni ladrillos rotos, hasta que un inquilino se despedía, y entonces, antes de recoger las llaves, lo examinaba todo, acompañado de un cerrajero, de un pintor, de un vidriero, personas muy tolerantes, según él decía. El que tomaba un cuarto estaba autorizado para hacer mejoras en él, pero si el imprudente restauraba su habitación, el viejo Molineux pensaba noche y día en la manera de deshauciarle, para disponer á su gusto de su habitación recién decorada; le acechaba, procurando tener ocasión para entablar lo antes posible la serie de sus malos procedimientos.

Conocía todas las triquiñuelas de la legislación parisiense en cuanto se refiere á contratos. Redactaba cartas cariñosas y corteses á sus inquilinos; pero en el fondo de su estilo como bajo su semblante frío y obsequioso, se ocultaba el alma de Shylock. Exigía siempre seis meses adelantados y un sinnúmero de espinosas condiciones que había inventado. Comprobaba si las habitaciones estaban alhajadas con muebles suficientes para responder al alquiler. Cuando se presentaba un nuevo inquilino, le sometía á una serie de interrogatorios, porque no transigia con ciertas profesiones: el más pequeño martillo le horrorizaba. Además, cuando era menester hacer un arrendamiento, guardaba el contrato y lo depuraba durante ocho días, temiendo á lo que él llamaba los *etcéteras* del notario. Aparte de su condición de casero, Juan Bautista Molineux parecía bueno, servicial; jugaba al boston sin quejarse cuando perdía, reía con lo que hace reír á los burgueses, hablaba de lo que ellos hablan, de los actos arbitrarios de los panaderos que tenían la desvergüenza de robar en el peso, de las connivencias de la policía, de los diez y siete heroicos diputados de la izquierda. Leía *el Buen Sentido* del cura Meslier, iba á misa, no pudiendo elegir entre el deísmo y el cristianismo; pero cuando le pedían para la iglesia, razonaba mucho, tratando de sustraerse á las pretensiones invasoras del clero. El infatigable demandante escribía entonces á los periódicos acerca de aquel asunto cartas que no insertaban y que dejaban sin contestación. En fin, parecía un apreciable burgués que arroja al

fuego solemnemente su haz de leña en la noche de Navidad, echa los estrechos, inventa bromas para el 1.º de abril, recorre los bulevares si el tiempo está bueno, va á ver patinar y acude muy temprano al terraplén de la plaza Luis XV los días de fuegos artificiales, con un pedazo de pan en el bolsillo, para estar en *primera fila*.

El patio Batave, donde vivía este vejete, es el resultado de una de esas extrañas especulaciones de las que no podemos darnos cuenta hasta que ya están realizadas. Esa construcción claustral, con arcos y galerías interiores contruidos de piedra labrada, provista de una fuente en el fondo, una fuente que abre su boca de león no tanto para dar agua como para pedirla á todos los transeuntes, fué sin duda proyectada para dotar al barrio San Dionisio de una especie de Palais-Royal. Ese edificio malsano, enterrado por sus cuatro costados entre casas altas, no tiene vida y movimiento más que de día, está en el centro de pasadizos oscuros que se reúnen allí, uniendo el barrio de los Mercados con el de San Martín, por la célebre calle de Quincampoix, veredas húmedas, donde las gentes pobres adquieren reumatismos; pero de noche ningún sitio de París está más desierto: parece las catacumbas del comercio. Hay allí muchas cloacas industriales, y no pocas tiendas de comestibles. Naturalmente, las habitaciones de este palacio de mercaderes no tienen otras vistas que las del patio central del que toman luz todas las ventanas, de manera que los alquileres son de poco precio. El señor Molineux vivía en uno de

sus ángulos, en el sexto piso, por motivos de salud; el aire apenas empezaba á ser respirable allí, á setenta pies sobre el nivel de la calle. Desde aquellas alturas, el viejecillo disfrutaba del aspecto encantador de los molinos de Montmartre, paseando por la cornisa, donde cultivaba flores contraviniendo las ordenanzas de policía relativas á los jardines suspendidos de la moderna Babilonia. Su vivienda se componía de cuatro habitaciones. Al entrar, una indecorosa desnudez revelaba en seguida la avaricia del hombre; en la antesala, seis sillas de paja, una estufa de barro y las paredes cubiertas de papel verde botella, cuatro grabados adquiridos en subastas; en el comedor, dos aparadores, dos jaulas con pájaros, una mesa cubierta con un hule, un barómetro, una ventana rasgada hasta el suelo, que le permitía salir á los jardines suspendidos, y sillas de caoba con mullido de crin; la sala tenía visillos de vieja seda verde, un mueble de madera pintado de blanco y forrado de terciopelo de Utrecht verde. La alcoba del viejo solterón tenía muebles del tiempo de Luis XV, destrozados por un largo uso, y en los cuales una mujer vestida de blanco hubiera temido mancharse. Su chimenea estaba adornada con un reloj de columnas que sostenían un cuadrante sobre el cual una Palas blandía su lanza: un mito. El pasillo estaba obstruido con platos llenos de sobras de comida para los gatos. Sobre una cómoda de palo rosa un retrato al pastel (Molineux en su juventud). Además, libros, mesas donde se veían innobles carpetas verdes; sobre una consola, los canarios diseca-

dos; en fin, una cama tan humilde que parecía la de un carmelita.

César Birotteau quedó encantado de la extremada cortesía de Molineux, á quien encontró vestido con una bata de muletón gris, calentando en un hornillo de hojalata, sobre un rincón de la chimenea, un poco de leche y agua de borrajas, que cocía en un pucherito de barro y echaba á pequeñas dosis en su cafetera. Para que no se molestase su casero, el vendedor de paraguas había ido á abrir la puerta á Birotteau. Molineux guardaba gran consideración á los alcaldes y tenientes alcaldes de la villa de París á los que llamaba *sus oficiales municipales*. Á la vista del magistrado, permaneció de pie con el casquete en la mano, hasta que el gran Birotteau se hubo sentado.

— No, señor... Sí, señor... ¡Ah! señor. Si hubiera sabido que iba á tener el honor de recibir en el seno de mis modestos lares á un miembro de la corporación municipal de París, creed que me apresurara á veros en vuestro domicilio, como lo creo deber mío, á pesar de ser vuestro casero ó... estar á punto... de llegar á serlo...

Birotteau hizo un gesto para rogarle que se pusiera el casquete.

— No lo haré, no me cubriré hasta que no os vea sentado y os cubráis, si estáis constipado; mi cuarto es un poco frío, lo escaso de mis rentas no me permite más... Á vuestras órdenes, señor teniente alcalde.

Birotteau había estornudado buscando su con-

trato. Lo presentó, no sin decir, para evitar explicaciones, que el notario señor Roguin lo había redactado á sus expensas.

— Reconozco el talento del señor Roguin, cuyo nombre hace mucho tiempo es muy conocido en el notariado parisiense; pero tengo mis costumbres, hago á mi modo las cosas, manía bastante perdonable, y mi notario es...

— Pero nuestro asunto es tan sencillo, dijo el perfumista, acostumbrado á las prontas resoluciones de los comerciantes.

— ¡Tan sencillo! exclamó Molineux. Nada hay sencillo en materia de arrendamientos. ¡Ah! se conoce que no sois casero, señor, afortunadamente para vuestra tranquilidad. ¡Si supierais hasta dónde llevan los inquilinos la ingratitud, y cuántas precauciones nos vemos obligados á tomar! Mirad, caballero, tengo un inquilino...

Molineux relató, durante un cuarto de hora, cómo el señor Gendrin, dibujante, había burlado la vigilancia de su portero de la calle San Honorato. ¡El señor Gendrin había cometido infamias dignas de un Marat, dibujos obscenos que la policía toleraba, atendiendo á sus particulares connivencias! ¡Ese Gendrin, artista grandemente inmoral, llevaba á su habitación mujeres de mala vida, desacreditando así la casa! ¡Ocurrencia digna de un hombre que dibujaba caricaturas contra el gobierno! ¡Y por qué todas esas fechorías?... ¡Porque se le pedía su alquiler el día quince! Gendrin y Molineux iban á pleitear; pues, á pesar de no pagarla, el artista tuvo

la pretensión de seguir ocupando su habitación sin muebles. Molineux recibía anónimos en que Gendrin, sin duda, le amenazaba con asesinarle por la noche en las callejuelas que conducen al palacio Batave.

— Hasta el punto, caballero, dijo continuando, que el señor prefecto de policía, á quien he confiado mi difícil situación... (he aprovechado esta circunstancia para decirle algo sobre las modificaciones que deben introducirse en las leyes para evitar abusos) me ha autorizado el uso de unos pistoles para mi seguridad personal.

El vejete se levantó para ir á buscar sus pistoles.

— Aquí están, caballero, dijo.

— Pero, caballero, nada semejante podéis temer de mí, dijo Birotteau fijándose en Cayron, á quien sonrió dirigiéndole una mirada en la cual expresaba un sentimiento de conmiseración hacia semejante hombre.

Molineux sorprendió aquella mirada, y le molestó descubrir semejante intención en un teniente alcalde que debía proteger á sus administrados. Á cualquiera otro se lo hubiera perdonado, pero nose lo perdonaba á Birotteau.

— Caballero, replicóle con tono seco, un juez consular de los más considerados, un teniente alcalde, un ilustre comerciante no descenderá á estas pequeñeces, ¡porque son pequeñeces! Pero en el caso presenté hay que abrir una comunicación y ha de autorizarla vuestro casero, el señor conde de Granville; hay que estipular condiciones para ce-

rrar de nuevo la medianería al concluirse el arrendamiento; en fin, los alquileres son extremadamente módicos, y subirán, la plaza de Vendôme ganará, gana de día en día. ¡Se hace la calle de Castiglione! Me comprometo... me comprometo...

— Acabemos, dijo Birotteau estupefacto; ¿qué pretendéis? ¡Conozco bastante bien los negocios para adivinar que vuestros inconvenientes desaparecerán ante la razón superior, el dinero! ¿En cuánto lo calculáis?

— No pretendo nada que no sea justo, señor teniente alcalde. ¿Por cuánto tiempo haremos el arrendamiento?

— Por siete años, respondió Birotteau.

— En siete años, ¿qué no valdrá mi primer piso? exclamó Molineux. ¿Qué no producirán dos habitaciones amuebladas en aquel barrio? ¡Acaso más de doscientos francos al mes! ¡Me comprometo, me comprometo por un arrendamiento así! Subiremos el alquiler á mil quinientos francos. En ese precio consiento; quitaré las dos habitaciones á la casa del señor Cayron, aquí presente, dijo dirigiendo una mirada ambigua al vendedor, para dáros las en arriendo por siete años. Antes de abrir la medianería, obra que será, naturalmente, de cuenta vuestra, no exijo más que la venia del señor conde de Granville renunciando á toda clase de reclamaciones. Os comprometeréis á responderme de las consecuencias imprevistas que pudiera traer la abertura de la medianería, que no estaréis obligado á reparar, por lo que á mi concierne, pero me daréis como indemni-

zación inmediata quinientos francos; nadie tiene la vida comprada, y no quiero verme después obligado á ir detrás de nadie suplicando que arreglen la medianería.

— Esas condiciones me parecen casi justas, dijo Birotteau.

— Además, añadió Molineux, me entregaréis seiscientos cincuenta francos á toca teja, aplicables á los seis últimos meses de alquiler. ¡Oh! aceptaré pequeños pagarés, considerados como recibos de inquilinato, para no perder mi garantía, á la fecha que os agrade. Soy muy claro en mis negocios. Estipularemos que os obligáis á no hacer uso de la puerta que da á mi escalera, y que la tapiaréis á cal y canto, por vuestra cuenta... Tranquilizaos, no pediré ninguna indemnización para su restablecimiento al finalizar el contrato; considero esto comprendido en los quinientos francos. Caballero, siempre me encontraréis justo.

— Nosotros los comerciantes no somos tan minuciosos, dijo el perfumista; no habría negocio posible con tales formalidades.

— ¡Oh! en el comercio es diferente, y sobre todo en la perfumería, donde todo va como un guante, dijo el vejete con una sonrisa displicente. Pero, caballero, en materia de alquileres en París, nada es indiferente. Mirad, tengo un inquilino en la calle Montorgueil...

— Caballero, dijo Birotteau, sentiría mucho retardar vuestro desayuno: ahí dejo los contratos, rectificadlos; todo lo que me habéis dicho es cosa

convenida; compromiso bajo nuestra palabra, hasta mañana que firmaremos, porque mañana mi arquitecto debe tener disponibles las habitaciones.

— Caballero, replicó Molineux mirando al vendedor de paraguas, hay un mes vencido, el señor Cayron no quiere pagarlo, lo incluiremos en los pagarés para que el arrendamiento sea de enero á enero. Esto es lo regular.

— Sea, dijo Birotteau.

— El cinco por ciento de portería...

— Pero, dijo Birotteau, si me priváis de la escalera, de la entrada, no es justo...

— ¡Oh! sois inquilino, dijo con voz perentoria el viejo Molineux, aferrado á sus principios, estáis obligado á pagar los impuestos de puertas y ventanas y á la parte que os corresponda en todos los tributos. Cuando todo está bien precisado, caballero, no hay ninguna dificultad. Os ensancháis mucho, señor; ¿los negocios prosperan?

— Sí, dijo Birotteau, pero el motivo es otro. Reuno algunos amigos, tanto para celebrar la redención del territorio, como para festejar mi nombramiento en la orden de la Legión de honor...

— ¡Ah! ¡ah! dijo Molineux, una recompensa bien merecida.

— Sí, dijo Birotteau, tal vez me haya hecho digno de esa condecoración y real favor, por haber pertenecido al tribunal de comercio y derramado mi sangre por los Borbones en la jornada de San Roque el 13 vendimiario; fui herido por Napoleón; estos títulos...

— Valen tanto como los de nuestros bravos soldados del viejo ejército. La insignia es roja, porque está empapada en sangre generosa.

Á estas palabras, tomadas de *el Constitucional*, Birotteau no pudo contenerse y acabó invitando para su fiesta á Molineux, que se deshacía en demostraciones de agradecimiento sintiéndose casi dispuesto á perdonarle su desdén. El viejo acompañó á su nuevo inquilino hasta la escalera, colmándole de cumplimientos. Cuando Birotteau se encontró en medio del patio Batave junto á Cayron miró á su vecino con expresión burlona.

— No creía yo que pudiera existir un hombre tan... minucioso, dijo, reteniendo en sus labios la palabra *tonto*.

— ¡ Ah! señor, dijo Cayron, no todo el mundo tiene vuestro talento.

Birotteau podía creerse un hombre superior, comparándose con el señor Molineux; la respuesta del vendedor de paraguas le hizo sonreír, satisfecho, y saludó con actitudes regias.

— Ya que paso por el mercado, se dijo Birotteau, voy á comprar las avellanas.

Después de una hora de buscarlas, Birotteau, enviado por unas vendedoras del mercado á la calle de los Lombardos, donde se vendían las avellanas de la confitería, supo por sus amigos los Matifat, que *el fruto seco* no lo tenía en grandes partidas sino cierta señora Angélica Madou que vivía en la calle de Perrin-Gasselin, único establecimiento en que había las verdaderas avellanas

de Provenza y la verdadera nuez blanca de los Alpes.

La calle Perrin-Gasselin es uno de los senderos del laberinto estrechamente cerrado por el Malecón, la calle de San Dinisio, la calle de la Ferretería y la calle de la Moneda, y que es como el centro de la ciudad. Allí bullen un número infinito de comercios heterogéneos y mezclados, mal olientes y coquetones, el arenque y la muselina, la seda y las mieles, las mantecas y los tules, sobre todo muchas tiendecitas ignoradas en París, como ignoran los hombres lo que se cuece en su páncreas, y que tenían entonces por sanguijuela á un cierto Bidault, llamado Gigonnet, prestamista, que vivía en la calle de Grenétat. Á un lado, antiguas cuadras ocupadas por toneles de aceite, las cocheras llenas de millares de medias de algodón. Á otro lado, los depósitos de los géneros vendidos al por menor en los mercados. La señora Madou, antigua revendedora de pescado fresco, dedicada hacía diez años á las *frutas secas*, por cierta intimidación con el antiguo propietario de sus productos, dando que hablar durante mucho tiempo á toda la gente del mercado, era una belleza viril y provocadora, enterrada ya en su excesiva gordura. Habitaba el cuarto bajo de una casa amarillenta y ruinosa, pero sostenida en cada piso por cruces de hierro. El difunto había conseguido evitar competidores y convertir su comercio en monopolio: á pesar de algunos ligeros defectos de educación, su heredera podía continuarlo rutinariamente, yendo y viniendo de los almacenes que



ocupaban cocheras, cuadras y antiguos talleres, en donde cuidaba de destruir los insectos. Sin escritorio, ni caja, ni libros, porque no sabía leer ni escribir, contestaba á una carta estrujándola, porque la consideraba como un insulto. En lo demás, buena mujer, coloradota, poniéndose á la cabeza un pañuelo encima de la cofia, ganándose con su lenguaje brutal la estimación de los carreteros que le llevaban sus mercaderías y con los cuales acababan las disputas en una botella de vino blanco. No podía tener ninguna dificultad con los labradores que enviaban sus frutos, porque pagaba éstos al recibirlos, única manera de entenderse con ellos, y la señora Madou iba á verlos en verano. Birotteau descubrió á esa vendedora salvaje, rodeada de sacos de avellanas, castañas y nueces.

— Buenos días, mi querida señora, dijo Birotteau ligeramente.

— ¡Querida! respondió ella. ¡Eh! hijo mío, ¿me conoces, por haber tenido conmigo relaciones agradables? ¿Dónde aprendiste á *quererme* tan pronto?

— Soy perfumista y además teniente alcalde del segundo distrito de París; así, pues, como magistrado y como consumidor, tengo derecho á que uséis conmigo otros modales.

— Me caso cuando me place, sin ir á la alcaldía, dijo la marimacho; allí no gastan papel en mis asuntos. Respecto á ser consumidor, tampoco eso es cuenta: les hablo como quiero, y, si no les gusta, se van á otra parte.

— ¡He aquí las consecuencias del monopolio! murmuró Birotteau.

— Anatolio es mi ahijado, ¿habrá hecho alguna tontería? ¿Venís por su causa, mi respetable magistrado? dijo dulcificando la voz.

— No; tengo el honor de deciros que vengo en calidad de consumidor.

— Y bien, ¿cómo te llamas tú, muchacho? No te he visto aquí nunca.

— ¿Con esos modales debéis vender vuestras nueces baratas? dijo Birotteau, que dió su nombre y sus títulos.

— ¡Ah! ¿sois el famoso Birotteau, que tiene una mujer bonita? ¿Cuántas libras queréis de mis ricas avellanas, amor mío?

— Seis mil.

— Estas son todas las que tengo, dijo la vendedora, hablando como una flauta enronquecida. Mi querido señor, no sois de los perezosos para casar mozas y perfumarlas. Que Dios os bendiga, ya tenéis ocupación. Llegaréis á ser un buen parroquiano, y os llevará en el corazón la mujer que más yo quiero en el mundo...

— ¿Quién?

— Pues la señora Madou.

— ¿A cuánto las avellanas?

— Para vos, mi dueño, á veinticinco francos las cien libras, tomándolas todas.

— Veinticinco francos, dijo Birotteau, ¡mil quinientos francos! ¡Y necesitaré acaso cien millares de libras al año!

— Pero, ¡mirad, mirad qué deliciosa mercancía, van á cogerlas, descalzos! dijo, undiendo su brazo encarnado en un saco de avellanas. ¡Y no están hueras! mi querido señor. Pensad, pues, que los tenderos de ultramarinos las venden á más de un franco la libra y con maulas. ¿Queréis que pierda en mi mercancía para daros gusto? Sois un guapo mozo; ¡pero no me habéis enamorado bastante aún para eso! Si necesitáis muchas, os las podré dar á veinte francos, por no disgustar á un teniente alcalde, ¡esto podría ser perjudicial para las novias! No entran cincuenta en la libra. Están llenas, no tienen gusanos.

— Vamos, enviadme seis mil libras por mil francos, y á noventa días, á la calle del arrabal del Temple, á mi fábrica, mañana, muy temprano.

— Nos daremos prisa, como si fuéramos á casarnos. Adiós, señor alcalde, no me guardéis rencor. Pero, si os es igual, dijo ella, siguiendo á Birotteau por el patio, prefiero los pagarés á cuarenta días, porque habéis hecho buena compra, ¡no puedo perder el descuento! Con esto se le ablandará el corazón al padre Gigonnet, nos chupa el alma como una araña chupa á una mosca.

— Pues bien; los pondremos á cincuenta días.

— ¡Ah! ¡cómo sabe, el condenado! exclamó la señora Madou, cualquiera le engaña con carantoñas. ¡Son esos cochinos de la calle de los Lombardos los que le han dicho esto! Aquellos lobos no saben más que devorar á los pobres *corderos*.

Aquel *cordero* tenía cinco pies de altura y tres

pies de diámetro; parecía un tonel, vestido de algodón rayado y sin cintura.

El perfumista, entregado á sus preocupaciones, meditaba, mientras recorría la calle de San Honorato, sobre su lucha con el aceite de Macassar; discurría sus etiquetas, la forma de sus botellas, calculaba la contextura del tapón, el color de los prospectos. ¡Y luego dicen que no hay poesía en el comercio! Newton no hizo más cálculos para su célebre binomio que Birotteau para la esencia *comagina*, porque el aceite se convirtió en esencia; el perfumista pasaba de una expresión á otra sin conocer su valor. Todas las combinaciones se agolpaban en su cerebro, y confundió aquella actividad en el vacío con la substancial acción del talento. Preocupado, pasó de la calle de Bourdonnais, y tuvo que retroceder al acordarse de su tío.

Claudio José Pillereault, en otro tiempo comerciante de quincalla, dueño de *la Campana de oro*, era una de esas fisonomías simpáticas por su equilibrio; trajes y costumbres, inteligencia y corazón, lenguaje y pensamiento, todo se armonizaba en él. Solo y único pariente de la señora Birotteau, Pillereault había reconcentrado todas sus afecciones en ella y en Cesarina, después de haber perdido, en el transcurso de su vida comercial, á su mujer y á su hijo, luego á un muchacho, al que protegía, hijo de su cocinera. Estas pérdidas crueles habían sumido al pobre hombre en un estoicismo cristiano, hermosa doctrina que animaba su vida y coloreaba sus últimos años con resplandores á la vez calientes y